Un novelista del siglo XVII e imitador de Cervantes, desconocido

No se trata de un autor *inédito,* pues le menciona nuestro gran bibliógrafo don Nicolás Antonio, aunque por otro trabajo distinto; ni de una obra manuscrita, puesto que fué impresa en Granada, en 1635, sino de un escritor novelista de la buena época, totalmente desconocido como tal, ya que ni él ni su libro aparecen citados en las más copiosas bibliografías, como Gallardo, Salvá, Ticknor; ni en las especiales de novelistas, como la tan rica de don Benito Maestre; ni en las cervantinas, como las de Ríus, Givanell; ni aparecerá en la de la Biblioteca Nacional, que no posee el libro de que tratamos; ni en los historiadores generales de nuestra Literatura; ni, en fin, en los particulares de la novela, como Navarrete y Menéndez Pelayo. Tampoco tenemos noticia de que exista otro ejemplar de la obra, que es un tomo de varias novelas, sino el que al presente tenemos a la vista.

El nombre del autor que ahora, por primera vez, aparece en nuestra novelística, era Ginés Carrillo Cerón. Don Nicolás Antonio dice de él solamente que era procurador de causas en la Chancillería granadina (1). Algunas más noticias biográficas hemos logrado, como veremos; pero ante todo hemos de describir el libro que origina este trabajo. Su título es:

---

(1) "Genesius Carrillo Cerón, in curia urbis Granatensis causarum procurator, edidit:

Fiestas del Santísimo Sacramento. Justa literaria en la Parrochial de Santa Anna de Granada, año de MDCXI. Ibidem hoc anno, in 8." (Nic. Ant.: *Bibl. hisp. nova,* I, 536 de la segunda edic. Madrid, 1783. La primera es de Roma, 1672.) Esta nueva obra era tan rara como la que citamos arriba y hoy más, puesto que no se conoce ningún ejemplar de ella.

Novelas | de varios | sucessos, en ocho | discvrsos morales. | Por Gines Carrillo | Ceron, escriuano de Camara de la Real | Chancilleria de Granada. | Dirigidos a diferentes | personas. | (Adorno tipográfico.) *Con privilegio.* | *En Granada, en casa de Blas Martinez, mercader, y Impressor de libros. Año | de 1635.*

En 8.°; 4 hojas preliminares y 264 numeradas. En el verso de la última repite las señas del impresor. Forman los preliminares, además de la portada, la "Tabla de las novelas de este libro"; la Tassa, a cuatro maravedís cada pliego (Madrid, 21 de agosto de 1635); la fe de que el libro está impreso conforme a su original (Madrid, 12 de agosto de ídem); las *Erratas* (sin fecha); la suma del privilegio al autor por diez años (Marid, 20 de enero de 1633); la censura de Lope de Vega, por orden del Consejo (Madrid, 21 de diciembre de 1632), y el *Prólogo al lector,* firmado por el autor Carrillo.

Los títulos de las ocho novelas son: *El agraviado de sí mesmo,* dedicada a don Diego Hurtado de Mendoza, asistente de Sevilla; *Cada loco con su tema,* al "dotor D. Gaspar de Saavedra, oidor en la real Chancillería de Granada"; *El más constante,* a don Juan Pérez de Lara, abogado de la Chancillería de Granada; *Más vale saber que aver,* al licenciado don Juan Ruiz de San Cebrián, visitador general de la villa de Madrid y su partido; *Las tres joyas,* a Alonso Cerón, tesorero de la Inquisición de la ciudad de Valladolid; *La inocente culpada,* a don Luis Yáñez de Montenegro, regidor de la villa de Madrid, contino de la Casa de Castilla y oficial principal de la Secretaría de la Cámara; *Los perros de Maúdes,* a frey Lope Félix de Vega Carpio, caballero del hábito de San Juan, familiar del Santo Oficio de la Inquisición y fiscal de la Cámara apostólica, y *La selva de Hungría,* "al Doctor D. Juan Bautista de la Rea, "del Consejo del Rey nro. Señor, Oidor que fué en la Real Chancillería de Granada, oy Fiscal en el Real Consejo de Hacienda (1)."

Antes de hablar del contenido de este curioso libro recogeremos las especies biográficas que del mismo se desprenden.

En la novela *Más vale tener que haber* (2) dice, refiriéndose al

---

(1) La primera novela ocupa de los folios 3 al 33; la 2.ª, del 35 al 67; la 3.ª, del 70 al 103; la 4.ª, del 105 al 149; la 5.ª, del 151 al 174; la 6.ª, del 176 al 205; la 7.ª, del 206 al 239, y la 8.ª, del 241 al 264.

(2) *Novelas de varios sucesos,* fol. 83.

viaje de ciertos personajes: "Ellos partieron un día antes que Ricardo, el cual, con un criado suyo y un mancebo del camino, que ya todos van a caballo, y no lo hallo por mala introducción, porque con la experiencia que tengo de tantos caminos como he hecho, desde que era de cuatro años, que me trajeron mis padres, de las Montañas a Granada, parece que estoy condenado a perpetuo caminar."

Estas Montañas serán probablemente las de León, y no las de Burgos, puesto que hacia aquella parte de Castilla la Vieja tenía bienes su familia, como luego dice el autor, a quien hallamos desde la niñez residiendo en Granada, como acaba de verse.

La novela de *Las tres joyas* está dedicada por Carrillo a su tío Alonso Pérez Cerón, tesorero de la Iglesia de Valladolid, del cual se muestra muy agradecido, "pues debo a v. m. puedo decir el ser que tengo, pues ha sido siempre mi amparo, quedando huérfano de mis padres, y encaminándome, como nueva planta, a que tuviera creces y medras (1)". El tesorero tenía, sin embargo, muchos hijos e hijas, que cuando el autor publicó su libro estaban ya casados y le habían dado treinta nietos. Gozaba el mayorazgo de los Cerones que bajaron de Mayorga a Andalucía, en tiempo de San Fernando (2).

Este buen tío, pues, le habrá puesto en camino de ganarse honradamente su vida, proporcionándole empleos diversos. Dice que había sido "recetor en la mocedad", que era cobrador de impuestos o rentas (3); y en otro lugar de su libro añade: "Esto no es gobernar, como dicen, sino un advertimiento de persona que ha tantos años que sirvo todos los oficios de la pluma y tengo experiencia de todos los negocios; y aunque he ido a la corte algunas veces a negocios propios míos de hacienda, no he tratado de pretensiones, en que me parece he hecho una grande hazaña, visto las negociaciones que para cada oficio son menester (4)."

Sin embargo, en Madrid debió de haber residido bastante, porque hablando del viaje de esta capital a Toledo, se expresa así: "¿Qué pudiera decir de los pantanos y malos pasos que hay en estas doce leguas? Yo los he pasado muchas veces (5)."

---

(1) Idem, fol. 150 vuelto.
(2) En la dedicatoria de la novela 6.ª
(3) Folio 83 vuelto.
(4) Folio 82.
(5) Folio 111 vuelto.

Al fin asentó en Granada, donde logró una plaza de escribano de cámara de aquella Audiencia o Chancillería. Cuando en 1635 publicó su libro de novelas hacía ya muchos años que desempeñaba el cargo, aunque no tantos como supone don Nicolás Antonio (1), y se hallaba ya en la edad madura, como él mismo declara en varios lugares.

Fué coetáneo y compañero de profesión del célebre poeta dramático Alvaro Cubillo de Aragón; pero ninguna referencia ni alusión hemos advertido en las obras de uno y otro hacia su colega. Carrillo, al contrario de Cubillo, que tuvo que emigrar de Granada, afligido por la pobreza (2), logró hacerse rico en su oficio.

Poseía en las afueras de Granada una hermosa finca llamada el Jardín de Mira Genil, a la cual escribieron versos Juan Martínez de Moya, secretario del Presidente de Granada (3) y el celebrado poeta don Agustín Collado del Hierro, que le dedicó unas octavas. El primero, en romance, dijo:

"Ginés Carrillo Cerón...
es el absoluto dueño
del directo señoraje
y del útil de esta quinta
esencia de amenidades."

Tenía flores en tal abundancia, que

de aquí aprendió Aranjuez,
mas no ha podido imitarle;

grandes parrales, fuentes que "corren con estruendos marciales". "Retrato del Paraíso" le llama Collado; y el mismo Carrillo concluye: "Otras cosas pudiera poner aquí en alabanza de este Jardín, que por ser mío no las pongo (4)."

---

(1) Ya se recordará que este bibliógrafo señala la fecha de 1611 a la obra de Carrillo que cita; pero debe de haber un error de más de veinte años, por cuanto en 1611 estaría aún Carrillo ocupado en sus empleos más activos y sus viajes y no tendría espacio para contarnos las fiestas y justas literarias de Granada. Además, en el prólogo parece indicar que las novelas eran su primera obra. En 1644 publicó en Madrid el licenciado José Ortiz de Villena otras *Fiestas del Santísimo Sacramento,* que comprenden doce autos de Lope de Vega.

(2) Véase *Alvaro Cubillo de Aragón,* por E. Cotarelo. Madrid, 1918 (tirada aparte del BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, pág. 9).

(3) Este Juan Martínez de Moya publicó un *Epítome de las fiestas reales que celebró Granada en diez y seys de Setiembre del año mil y seyscientos y veynte y ocho.* Granada, 1628, 4.º; 24 págs.

(4) *Novelas,* fols. 77 y sigts.

Era hombre aficionado a las artes. En su novela *Más vale saber que haber* intercala una descripción muy extensa del monumento elevado en Granada en honra de la Inmaculada Concepción de María, que él llama *Triunfo* o *Trofeo* (1), en cuya construcción intervino directamente, así como en elegir el lugar en que había de ponerse, diciendo: "Yo di una petición al Cabildo (municipal) en que elegí el Campo del Hospital Real, que es la entrada y salida principal de Granada, y allí se puso (2)."

Al inaugurarlo hubo grandes fiestas en la ciudad, "las quales —dice Carrillo— tengo escritas y no ha habido ocasión de darlas a la estampa (3)". Habla bastante del escultor Alonso de Mena, de quien tan poco sabemos, y añade: "Yo tengo algunas hechuras de su mano en mi oratorio, que las hube bien baratas y no las daré por ningún dinero (4)", palabras que muestran bien claro al conocedor y coleccionista inteligente.

Ignoramos la fecha de la muerte de este amable escritor, que no habrá ocurrido más allá de mediar el siglo XVII.

Hablemos ya de sus novelas. La fecha de su composición la señala el mismo autor al decir que las escribió en unas vacaciones, más largas de lo que él hubiera querido, "por la falta que ha habido de los señores jueces desta Chancillería, que fueron al donativo (5)".

Este donativo forzoso se cobró en 1625, empleando para ello los oidores y otros jueces, y a esto alude Carrillo, advirtiendo que con la ausencia de los magistrados de la Chancillería se suspendieron los pleitos y causas y el escribano no tuvo ocupación ni ganancia en el ínterin.

Pero como en las mismas novelas se habla de sucesos ocurridos después, hay que suponer que las retocó y adicionó antes de entregarlas a la censura oficial en 1632 y obtener el real privilegio.

Como se ha visto por el número de páginas o folios que cada una comprende, estas obras son novelas cortas, por el estilo de

---

(1) Consistía, en lo principal, en una columna de mármol "a imitasión de las agujas de los emperadores y encima el bulto de Nuestra Señora", con otras estatuas decorativas, escalinatas y adornos, todo de mármoles de diversos colores.

(2) *Novelas*, fol. 124.

(3) Idem. Esta relación es desconocida; habrá quedado manuscrita.

(4) *Novelas*, fol. 139 vuelto.

(5) Idem, *Prólogo al lector*.

las *ejemplares* de Cervantes, que le han servido de modelo. Carrillo no oculta su admiración por este gran escritor, pues las primeras palabras de su prólogo al lector, palabras bien notables para escritas en 1635, son las que siguen:

"Bien cierto estoy, lector de estas novelas, que poco me importa llamarte amantíssimo, como usó en las suyas Miguel de Cervantes Saavedra, *aquel prodigio de ciencia y que en esta materia se aventajó a todos,* ni otros epítetos, para que dejes de decir lo que te pareciere."

Este juicio del divino autor del *Quijote* basta para calificar de hombre de no común entendimiento y buen gusto al curial granadino. No menos le acredita la amistad reverente que mostró a Lope de Vega, citado por él en más de un lugar y especialmente al dedicarle la novela séptima, la más cervantina de las suyas, juntando así como en abrazo póstumo los nombres de los dos personajes más grandes de su tiempo y los dos mayores creadores de belleza literaria del orbe.

Al igual que su gran modelo, tomó Carrillo el asunto de sus fábulas en la realidad palpitante, como se observa en su primera novela, *El agraviado de sí mismo,* que dice había sucedido en Sevilla poco antes; o ya colocando la escena en países lejanos, como la segunda en Persia, la quinta en Inglaterra, la sexta en Polonia y la octava en Hungría. También finge en algunas sucesos extraordinarios, como en las tituladas *Cada loco con su tema, La inocente culpada y La selva de Hungría;* o fantásticos y de hadas, como *Las tres joyas,* o bien de sucesos más comunes y ocurridos en nuestra España, tales como la citada del *Agraviado, El más constante* y *Más vale saber que haber.*

En todas revela no escasa facultad inventiva y cualidades de combinador y narrador de aventuras, bien que el estilo no sea de lo más escogido, aunque no incurre en defectos comunes a la sazón, como eran el culteranismo o el conceptismo. Su lenguaje es llano y natural. El mismo decía que no hablaba más lengua que la materna y que no había tenido estudios facultativos; pero habiendo pasado toda su vida entre abogados, oidores y papeles de todas clases, algo se le habrá pegado de lo que leía y oía.

A juzgar por sus novelas, poseía nociones históricas extensas, cierta cultura clásica, algo de latín y gran conocimiento de la vida y de la sociedad de su época; todo lo cual le sirvió para aderezar sus narraciones con arte y originalidad, pues no cree-

mos que haya tomado los asuntos de ningún otro autor, excepto en la séptima, que parece la más importante, por lo cual la analizaremos brevemente.

Intitúlala *Novela o coloquio que tuvieron Cipión y Berganza, perros que llaman de Maúdes; segunda parte de la que hizo Miguel de Zervantes Saavedra en sus Novelas,* y la dedicó al gran Lope de Vega, en estos notables términos:

"A Frey Lope Félix de Vega Carpio, del ábito de San Juan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición, Fiscal de la Cámara Apostólica."

"No sé cómo me atrevo a dedicar a v. m. esta humilde novela que intitulo *Segunda parte de los perros de Maúdes,* que hizo el insigne Miguel de Zervantes Saavedra, siendo v. m. el Apolo, el orácuio, el fénix, el Virgilio de nuestros tiempos, que a haber sídolo en los pasados le hubieran levantado estatuas, y es fuerza que a tales rayos todo se deslumbre. Discúlpame el deseo que he tenido de poderle servir y verle en el puesto que merece; pues a mi ver no hallo hombre más agraviado en España. Háyase v. m. conmigo como el señor que admite a su mesa una torta de su vasallo. Siempre he defendido sus escritos, sin necesidad de defensa, y celebrádolos con justa causa, afeando a los que han procurado escupir al cielo; y si sus muchas ocupaciones le dieren lugar, pase los ojos por esta novela y gaste un rato mal gastado, con que quedará calificada y defendida."

Tomando Carrillo pie de lo que Cervantes había escrito al principio y al fin de su *Coloquio,* en cuanto a renovar los perros su diálogo en la siguiente noche si el cielo les conservaba la facultad de hablar, supuso que esto se había verificado al pie de la letra y que Cipión pudo contar su vida, así como Berganza lo había hecho en la anterior velada (1).

Pero no intentó el noble y modesto escribano, cual otro Avellaneda, deprimir y vejar el trabajo de su antecesor; antes al contrario, declara por boca del licenciado Peralta que "para contar cosas que perros han hecho bien es menester la elegancia

(1) El pasaje de Cervantes es el siguiente: "*Cipión.* Sea esta la manera, Berganza amigo; que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas." Esto, poco más o menos, vuelven a decir al final de la novela, quedando citados ambos interlocutores para el mismo lugar y hora.

con que v. m. (el Alférez) contó el otro coloquio", y ya por boca del principal interlocutor, Cipión, añade, refiriéndose a la anterior historia: "Séte decir que fué tan prodigiosa y tan bien dicha, con tan buenos sucesos y tan graciosos, que temo mucho entrar a contar los míos... Eso temo yo, que bien entiendo que hasta en los perros hay unos más entendidos que otros", y termina confesando que cuanto dijere será sólo "un rasguño" para lo que Berganza había narrado (1).

Comienza el perro Cipión su historia por su nacimiento en la ciudad de Jaén, que tiene "la Cara de Dios", y su crianza en casa de una mondonguera, tomando ocasión para referir los hurtos y picardías a que tal oficio daba margen, no perdiendo ocasión el autor de salir a la defensa de su clase, cuando Berganza le dijo que el hurtar era común a todos los oficios. Cipión le contesta con estas palabras, que parecen escritas hoy mismo:

"Todo carga sobre los escribanos, que se han alzado con el nombre de ladrones; y si bien se mira, en todo hay una legua de mal quebranto, y no hay dinero más bien gastado que el que se les da. No tiene esto más de que, como tienen arancel por donde se deben regir en el llevar de los derechos, en discrepando desto luego son ladrones, no considerando que los aranceles se hicieron muchos años ha y que entonces valía el trigo a dos, a seis, a ocho reales y los demás bastimentos y mantenimientos a precios muy moderados, y que todo ha subido dos y tres y cuatro tantos más de lo que valían...; fuerza es que todo corresponda a lo que corre, que lo demás es poner puertas al campo; y si no, oye un ejemplo. Visto por Su Majestad de el Rey nuestro señor y sus Consejos la carestía que había en todas las cosas, les pareció que el medio más eficaz era poner posturas en todas las cosas que se vendían, así en ganados, paños, sedas y demás cosas, no perdonando hechuras de sastres y demás oficios, y finalmente en todos los mantenimientos y bastimentos. Ello era santo y bueno que todos vivieran con arancel, peso y medida y postura y precio fijo. Al punto que esto sucedió se hundieron todas las mercaderías, paños, sedas; el ganado lo retiraron a reinos extraños; cosas de especerías y todas las demás semillas, los lienzos y todo lo demás de este género, parece que se hundió; ni pescado había. Los sastres, zapateros y demás ofi-

(1) Fols. 207 y 208.

cios, si llegaba mi amo o otras personas que yo veía a comprar unos zapatos, decía el zapatero: —Son de cuatro reales. El que compraba, decía: —No son sino de tres. —Pues veamos la premática de los precios. Y costaba mucho dinero, lo general por haber de tener contienda en cada uno de por sí; y era necesario que en cada tienda estuviera un alguacil que hiciera guardar aquello, y ninguno lo guardaba ni podía (1)."

Cansado de esta vida poltrona y harto de presenciar desmanes y picardías de todo género, que el novelista refiere sin gran empacho, se acomodó con un pastelero que iba a la célebre romería y feria de Nuestra Señora de la Cabeza, a tres leguas de Andújar, que con gran extensión describe y es una de las cosas más curiosas de leer acerca de las costumbres de aquel tiempo.

Entre otras muchas anécdotas, y hablando de los supuestos milagros de aquel santuario, cuenta lo siguiente:

"En las andas (de la imagen) con gran dificultad ponen los padres que llevan hijos ciegos, mudos, mancos, sordos y tullidos, y muchos vuelven sanos. Son infinitos los milagros, y en más número fueran si lo tuviera una Religión el santuario, que en riqueza excediera al de Guadalupe y Monserrate, por estar en más rica comarca y ser más frecuentado. Y los mayores milagros que esta santa imagen hace son los que hace y obra con los mismos con quien hace el milagro; porque luego que se ve que lo ha hecho, cargan sobre él y le van quitando cada uno del vestido lo que puede para llevarlo a su tierra, porque tienen por reliquias el vestido del en quien Nuestra Señora obra; y es de forma que hasta los cabellos de la cabeza le quitan, sin que sea poderosa la justicia ni clerecía a remediarlo, y como no salen ahogados es mayor milagro; y luego tienen necesidad de vestirlos la cofradía y clérigos (2)."

Y para coronar su narración agrega Carrillo la de un gracioso lance a este propósito, diciendo: "Parece que dos hombres riñeron la víspera de la fiesta y se dieron muchos mojicones. Pues el uno dellos por vengarse del otro imaginó la más notable venganza que el diablo pudo inventar; y fué que yendo la imagen en procesión por las calles con el estruendo y alboroto que he dicho sobre si pasa o no pasa del sitio que cada cofradía

(1) Fol. 211.
(2) Fol. 215.

tiene y atendiendo aquella muchedumbre con gran confusión a los milagros que hace, comenzó a decir a grandes voces: —¡Milagro, milagro, que ha obrado Nuestra Señora con este hombre!, señalando a su contrario y diciendo que estaba tullido y manco y Nuestra Señora milagrosamente le había dado la salud. Fué tanta la gente que cargó sobre el pobre hombre, despojándole de los vestidos y agrumándole, que fué milagro escapase vivo, sin que le aprovechase decir que no había obrado con él milagro nuestra Señora (1)."

De la feria vino Cipión con nuevo amo, un pintor de Toledo que había ido a vender sus cuadros y regresaba a su casa. Tenía este pintor mujer moza y casquivana, que le engañaba con uno de sus oficiales. De ellos cuenta Carrillo la espinosa anécdota del cordero diseñado sobre la propia persona de la maestra, pero que gracias al concurso del oficial y durante la ausencia del artista, le habían salido unos pitoncitos dibujados con lindo esmero. Y parejo de este cuento popular narra otro de origen indio, pero con variantes, de los tres papagayos y la mujer del mercader que dice era español.

Las escenas que a diario presenciaba y repugnaban a la estrecha moral del buen Cipión le indujeron a cambiar de amo. Deseaba ver la corte madrileña y así se vino, entrando con un clérigo que se le aficionó en una casa de posadas, que gobernaba en unión de su marido Roque Ruiz la señora doña Catalina de Fuensalida. Este *don* o *doña* le sugiere a Cipión, recordando el arbitrio propuesto por su compañero Berganza en la novela cervantina, la idea de imponer un tributo sobre cada *don* o *doña* que se tomaban las personas a quienes no correspondía.

La casa de posadas suministra al perro hablador gran ocasión de anécdotas y pinturas de tipos y clases sociales. No faltan chascarrillos relativos a portugueses, sujeto siempre acepto a la murmuración y gracejo castellanos. Registraré uno muy gracioso.

"Había en la posada un caballero portugués que decían era capitán, de los muy presumidos de valientes, que todos los de esta belicosa nación lo son y a quien se debe dar grande alabanza, por ser sus hechos memorables; pero tienen notable arrogancia y presunción que aun no quieren dar la habla. Un día, habiéndose vestido de bayeta, de que más usan, y sus botas

(1) Fol. 216.

y guantes, se puso a la puerta de la posada tan perniabierto que la ocupaba toda. Llegó una mujer y con grande humildad y en tiemple muy desfallecido, le dijo:

"—Dé v. md. a una pobre mujer envergonzante una limosna por amor de Dios.

"El capitán la miró y volviéndose hacia dentro de la posada, dijo:

"—Avisá, vos, criado.

"La huéspeda que lo oyó, dijo (al criado):

"—¡Ah, señor Juan Brito!, mire vuestra merced! que lo llama el señor capitán.

"La mujer aguardaba a que viniese el criado, teniendo cierta la limosna. El criado vino y dijo:

"—¿Qué manda vuestra merced?

"A quien dijo el capitán, alzando los bigotes y entrándose hacia dentro:

"—Decid a esa mujer que Dios la provea.

Que aun no se dignó de decírselo él (1)."

Cipión, que, como sabemos, era honrado perro, se vengó de la soberbia del lusitano haciéndole caer de espaldas en el lodo en cierta ocasión en que pudo trabársele entre las piernas, y refiere otros hechos ridículos de la misma casta de gentes.

Tampoco la conducta de la señora Catalina era muy regular para que quedase exenta de la palmeta crítica de Cipión; y por esto y por temor del portugués, que desde la caída le miraba de mal ojo, determinó irse con el clérigo cuando terminó sus negocios en la corte. Con él y un estudiante de latín, a quien enseñaba, pasó algún tiempo, que el autor emplea en referir varias anécdotas y dichos del famoso y antiguo comediante Alonso de Cisneros, cuya fama era aún viva entonces, y del no menos famoso el flemático Pero Hernández, quien después de haber sido arrojado en una charca y apaleado por uno que se le atravesó en su camino, huyó a retraerse en la iglesia, mientras en la causa no se averiguaba si le correspondía alguna culpa.

De Cubas, lugar en que vivía el clérigo, se fué Cipión con el estudiante a casa de sus padres, en Villacastín, donde permaneció hasta que el estudiante se hizo fraile franciscano y el honesto perro se retiró al hospital de Valladolid, donde Maúdes le hizo buen acogimiento.

---

(1) Fols. 224 y 225.

Termina la obra con la siguiente anécdota, referida con motivo de haberse ido a pasear el licenciado Peralta y el alférez Campuzano "no por Valladolid, sino por el Espolón, como el día antes al Prado de la Magdalena y otras salidas, que son las mejores que tiene ciudad en España. Viene bien el dicho que dijo Felipe II, Salomón de nuestros tiempos, estando en Valladolid cuando fué a lo de Aragón. Salióse un día a la Puerta del Campo a pasear y tomar el sol con muchos grandes y señores, y dijo don Diego de Córdoba, su gran privado: —¿Qué le parece a V. Majestad de esta salida?—. A que respondió el Rey: —Esta salida es muy buena... para ir a Madrid (1)."

Como se ve, el plan y desarrollo de esta novela son los mismos que los de la cervantina y en general, como los de las novelas picarescas, de las que el *Coloquio* es una simple variante, que consiste en ser un perro y no un pícaro el que se acomoda con distintos amos y aprovecha tal circunstancia para describir sus costumbres y vicios y relacionarlos con los de otras personas concomitantes.

El *Coloquio* de Carrillo cede y queda muy por bajo del de Cervantes en cuanto al estilo; pero el fondo es más variado y los episodios más vivos y rápidos que en Cervantes, donde el relativo a la Camacha de Montilla se hace bastante pesado, y es el único defecto de esta preciosa novela. La de su imitador es, en resolución, muy entretenida y amena, y todo ello hace que tengamos en mucho aprecio este rarísimo libro cervantino.

EMILIO COTARELO.

(1) Fol. 239.